



**VIII Seminario Internacional del programa de diálogo con Cuba
“Humanización y sociedad en la Cuba Actual. Desafíos al cristianismo”.**

El hombre y Dios en Cuba.

Conferencia pronunciada por
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana.

Eischtätt, Alemania.
16 de noviembre de 2007.

Creo oportuno y necesario este encuentro para una aproximación a Cuba desde el punto de vista antropológico, porque un análisis serio y desde distintos ángulos, nos permitirá conocer mejor la realidad del hombre y la mujer cubanos de hoy, mucho más que las descripciones subjetivas y apresuradas de los visitantes foráneos o las presentaciones ideologizadas de izquierda o de derecha que llevan entre otras cosas cargas excesivas de pesimismo o de entusiasmo. Aunque faltará en nuestra exposición el extremo rigor de los antropólogos de profesión en una disciplina de tanta importancia para todo el mundo en la hora presente, cuyo prestigio está bien fundamentado, estará a nuestro favor el hablar desde dentro de la realidad compleja del hombre cubano actual cuyo abordaje es bastante difícil, pero que, al haber sido asimiladas sus incidencias como por ósmosis, por quienes las han vivido con la sensibilidad propia del cristiano, compartiendo y experimentando existencialmente sus altas y sus bajas, puede facilitar su accesibilidad.

Como Pastor del rebaño de Cristo en Cuba, con casi treinta años de ministerio episcopal, y teniendo como marco una reunión de este género que fija su mirada en el hombre cubano de ayer y de hoy para bosquejar qué puede depararnos desde el punto de vista antropológico el futuro en Cuba, es casi requerido por mi oficio y por el análisis que este breve encuentro pretende hacer, que me refiera a la fe religiosa del cubano.

La fe puesta a prueba.

Corría la primera mitad de la década del 70, era yo entonces cura párroco de la Iglesia Catedral de Matanzas y comenzó a circular en Cuba una encuesta muy amplia, en cuanto al número de los encuestados, que preguntaba sobre la fe religiosa de los hombres y mujeres trabajadores, empleados, profesionales, etc. ¿Cree usted en Dios?... ¿Cuál es su religión? Y otras preguntas de ese género. Después de un tiempo bastante breve la encuesta fue retirada. La razón para hacerlo, según fuentes no oficiales, pero dignas de crédito, fue que menos del 25% de los encuestados estaba respondiendo que era creyente, y los

investigadores de opinión decidieron que la encuesta, aunque escrita, anónima y secreta, no era fiable, pues en la segunda mitad de la década del 50 en una amplia encuesta nacional científicamente realizada por la Agrupación Católica Universitaria, casi el 95% de los encuestados dijo creer en Dios. No era posible que en más de quince años la propaganda atea hubiera tenido un éxito tan grande. Mecanismos de defensa, temor a presiones sociales, desconfianza, etc., falseaban las respuestas.

Al final de la década de los 80 la Academia de Ciencias de Cuba efectuó otra encuesta de carácter nacional sobre el mismo tema en diversas capas de la sociedad y arrojó un resultado cercano a la cifra del 90% de personas que decían creer en Dios. Cinco años después un destacado sociólogo de esa misma Academia me dijo: “si la encuesta se hiciera hoy la cifra de creyentes superaría el 95%”.

¿Cómo enfocar estas altibajas en respuestas sobre un mismo tema específico de tanta trascendencia, (no se trataba de una encuesta sobre candidatos a una elección), en un lapso aproximado de 30 o 35 años, cuando la curva de respuestas en relación con la fe en Dios no tiene un trazo sostenidamente descendente a partir de la segunda mitad de la década del 60 (como podría lógicamente esperarse ante el ateísmo estatal inducido), sino que hace una profunda inflexión a mitad de la década del 70 para recuperar, a finales de la década del 80 casi el mismo rango que tenía tres o cuatro años antes del triunfo de la revolución en 1959. Ya dijimos que los mismos organismos encuestadores descartaron la validez de las cifras porcentuales de no creyentes en la década del 70 y esbozamos una primera consideración sobre las posibles causas político-sociales que presionaban sobre los encuestados, afectando la veracidad de sus respuestas. Pero lo que interesa conocer de estos datos no es tanto la cantidad de cubanos que diga tener algún tipo de fe en Dios, sino la calidad de esa fe religiosa, su espesura, la consistencia de la fe del cubano, porque hay una constante en esas tres encuestas que no se refiere al número de creyentes, sino al modo de abordar la respuesta: con facilismo en los tres casos, sin compromiso profundo respecto al “sí creo” y al “no creo”.

Superficialidad ante el hecho religioso.

¿Se trata de la proverbial superficialidad o ligereza del cubano en cuanto a la fe religiosa, descrita por autores criollos y foráneos de épocas pasadas y recientes? Es probable, y el análisis de esta superficialidad tendría que ser objeto de un estudio serio e históricamente científico, pues hay el riesgo de salir también de modo facilista del interrogante que plantea la superficialidad del cubano ante la religión y en la mayoría de los casos hay entre los estudiosos un tratamiento justamente superficial de este tema, dando por descontado que es comúnmente aceptado que es así.

No creo en una especial tendencia del cubano a ser superficial en su fe religiosa por razones del clima suave y benigno, por la baja calidad de la población que emigró de España a Cuba o del negro africano traído como esclavo, o porque el calor tropical aumenta las pasiones y la gente del trópico se torna más sensual y menos capaz de esfuerzo y la fe religiosa tomada en serio pide sacrificios, etc. Esta visión es de tipo aristocrático, casi racista y proviene de un primer mundo rancio, y en ella puede haber factores accesorios erigidos en causas y esto es falso. Sería necesario investigar qué papel juega en esto la deficiente evangelización en Cuba, qué responsabilidad correspondió a la

Iglesia, qué influjo terriblemente negativo tuvo en la conciencia religiosa del criollo la esclavitud, etc. Repito, estos temas necesitan ser estudiados mucho más.

Además, se refieren en gran medida las observaciones de los autores interesados en la actitud religiosa del cubano a las expresiones visibles de la fe religiosa, a la asiduidad al culto u otras manifestaciones sociales de la fe, más que a la postura del hombre cubano ante Dios, que es lo raigalmente antropológico.

Pero a pesar de la probable ligereza de las dos encuestas de fines de los 50 y de fines de los 80, descartando el intento de encuesta de los 70 por no fiable, si se hace un análisis comparativo de ambas se pueden colegir algunas consideraciones interesantes:

1º- La fe en Dios se ha mantenido constante en un porcentaje de la población cubana cercano al 90%.

2º- El ateísmo inducido por el estado por más de treinta años no caló en el cubano en general.

¿A qué me refería entonces al decir que el cubano había respondido con facilismo a las tres encuestas?

Creo que en la década del 50 era “fácil” responder afirmativamente a una pregunta sobre la fe en Dios. Hubiera sido contrastante en aquel medio social una respuesta declarándose ateo.

En la década del 70 era más fácil decir que se era ateo, pues el grado de aprobación social y política estaba a favor del ateísmo.

A finales de la década del 80 el cubano se sintió “autorizado” a creer en Dios. La publicación de un libro-entrevista de Frei Beto, (Alberto Libanio Cristo) sobre “Fidel y la religión”, que logró vender más de un millón de ejemplares en Cuba, las visitas de cubanos del exterior, el turismo, y una mayor tolerancia oficial hicieron que el tema religioso dejara de ser tabú, retornan las expresiones populares reprimidas: “Si Dios quiere, gracias a Dios, Dios mediante, con el favor de Dios, Dios lo bendiga, etc. y la gente sintió que “ahora ya se puede decir que creo en Dios”.

El cubano promedio aborda, pues, la fe religiosa no con la hondura que merece el tema de la relación del hombre con Dios, sino con la superficialidad con que abordaría temas como la moda, el deporte preferido, etc. Responde sí, si se siente aprobado socialmente o autorizado oficialmente. Responde no, en caso contrario.

Para apoyar este aserto traigo a colación otra encuesta, realizada por la Iglesia entre católicos en el año 2004. Fue muy amplia, se llevó a cabo en la mayoría de las iglesias parroquiales o no, incluso en los centros de misión del campo y de la ciudad y en todas las diócesis de Cuba. Esta encuesta serviría para preparar nuestro actual plan pastoral nacional. Me detengo sólo en una pregunta: ¿Cuál es su mayor temor con respecto a la fe religiosa en Cuba? La respuesta mayoritaria, de cerca del 80% fue: “Que la Iglesia Católica vuelva a ser presionada por el gobierno como lo fue en el pasado”.

Dos aspectos principales pueden destacarse en esta respuesta dada por los católicos actuales (muchos de ellos, más del 70% llegados a la Iglesia en los últimos 10 a 15 años):

1º- Estaban concientes de que la Iglesia había sido presionada en el pasado, aunque por razones generacionales, por posturas políticas o por autoprotección ellos no vivieran como católicos esos momentos.

2º- Pero sienten temor de que esto suceda de nuevo.

Aspectos actuales de la fe religiosa en Cuba.

Este modo de pensar revela una fragilidad en la fe y nos muestra que no hay ya entre la media de los católicos cubanos esos hombres y mujeres de larga pertenencia a la Iglesia, con buena formación religiosa recibida en la escuela, en la Acción Católica, en la Congregación Mariana u otras asociaciones, con convicciones profundas y amor comprometido a la Iglesia. Pero es importante en la vida religiosa de un pueblo tradicionalmente católico que la Iglesia de los “practicantes” esté sólidamente formada, pues si consideramos la Iglesia como un gran estanque lleno de agua, en cuya superficie se arroja desde lo alto una piedra que produce círculos concéntricos abriéndose en una gran circunferencia siempre más desdibujada a medida que se aleja hacia los bordes, la comunidad católica constituye ese punto focal de impacto. Si es fuerte ese impacto se extenderán las ondulaciones a mayor distancia y serán más marcadas. O sea, si el núcleo de la comunidad católica es fuerte en convicciones de fe y tiene un serio compromiso cristiano, esto hará presente a la Iglesia en los ambientes, en los barrios, en la familia y su influjo social será mayor.

Un impacto débil hace menos perceptibles las ondas y el influjo de la Iglesia será más reducido. Esto se traduce en una fe más borrada u opaca. Se produce así un círculo vicioso: desde un centro de emisión débil llegan ondas débiles y a estímulos débiles corresponden movimientos débiles de respuesta. Parece así esfumarse la fe.

Por otra parte, no podemos olvidar que el mundo posmoderno en sus nuevas generaciones está integrado por hombres frágiles, con adhesiones de fe más débiles, con menor capacidad de compromiso. Ese mundo posmoderno, muchos dicen que comenzó en la segunda mitad de la década del 60. En Cuba, aislada del mundo occidental y muy ideologizada, se demoró en llegar el posmodernismo, pero en la década del 80 poco a poco se fue abriendo paso y el hombre cubano de hoy es sin duda posmoderno. Esta mentalidad potencia aquella “superficialidad religiosa” del cubano a que me referí al principio.

En otras palabras, la actitud del cubano actual frente a la religión no es la misma que la del hombre moderno cubano de antes de 1985. Este tendrá una aproximación al mundo religioso distinta a la del hombre de 20 años atrás. La modernidad, en sus vertientes liberales o marxistas había tratado de excluir a Dios basándose en la razón y en la ciencia. La negación de Dios era necesaria para la exaltación del hombre. Pero con la “muerte de Dios” se llegó también a la “muerte del hombre”. El vivir sin Dios produce una vaciedad interior, a veces una angustia, un tipo particular de infelicidad. Esto lo ha experimentado el hombre cubano con diversos grados de intensidad. El mundo posmoderno reacciona contra ese materialismo racionalista y pretendidamente científico, y buscará entonces en las filosofías orientales, en religiones esotéricas, en los misterios científicos no esclarecidos aún, en religiones y mitos de África, Asia o de la América Precolombina y en la misma Biblia, el modo de estructurar una nueva visión espiritualista de la vida, revalorizando viejos mitos, incorporando métodos de oración de tipo budista o hinduista. El fracaso del materialismo de occidente de tipo práctico-capitalista o de tipo teórico pseudocientífico marxista, lleva al hombre occidental a buscar en otra parte una respuesta a su inquietud religiosa y lo hace en el oriente sobre todo. Es la nueva era, “The New Age”.

El hombre posmoderno cubano y la fe religiosa.

Cuba se convierte en un laboratorio histórico de este proceso. El hombre cubano ha experimentado la vaciedad del ateísmo en forma estremecedora, esa soledad espiritual que produce en el alma humana la influencia del materialismo.

La Iglesia Católica (y volvemos a los círculos concéntricos del estanque) era en Cuba el principal punto focal de referencia religiosa. Al imponerse silencio a la Iglesia, al quedar disminuido drásticamente el número de sus ministros y personas consagradas, al perder sus escuelas y centros de enseñanza y no tener acceso a los medios de comunicación escritos, radiales o televisivos, se apagó la voz de la Iglesia que recordaba las fiestas religiosas y los días sagrados, que proponía los valores cristianos, que cuidaba ancianos, niños y enfermos, que por medio de todo esto hacía pensar en Dios. Se sumó entonces a este obligado silencio eclesial sobre Dios la difusión oficial del ateísmo: “la religión es cosa del pasado, no conviene criar a los niños con ideas religiosas, pues vivirán después en una sociedad atea y podrán verse traumatizados”, etc. Se produjo así una ausencia de Dios de las estructuras sociales, del calendario, que no indicaba ninguna fecha religiosa, y aún de la familia.

Pero en el corazón humano, donde habita siempre el misterio, un tedio personal y ambiental acompaña de modo habitual la ausencia de Dios. Y el hombre quiere liberarse de ese tedio. Este fue el preámbulo de la entrada del cubano en la posmodernidad, con su religiosidad sui generis, que es más bien una corriente cultural, la nueva era. Con el mismo mecanismo del hombre occidental, el cubano no hizo, porque no podía hacer, viajes al Himalaya para encontrar algún “gurú”, pero se fue a Guanabacoa para visitar a un babalaw.

Es decir, se volvió hacia algo que tiene muy a mano; los sincretismos afrocubanos, el espiritismo, la santería. De aquella autorización oficial para creer, de la necesidad de vencer el tedio por la ausencia de Dios, de encontrar algo de sentido a la vida y sus pruebas, que no eran pocas en Cuba, viene ese crecimiento de la Iglesia Católica, de las confesiones protestantes y de los sincretismos afrocubanos en la década del 90. Pero cuando no estuvo clara aún la que he llamado “autorización oficial para creer en Dios”, estuvo presente en el pueblo esa necesidad de lo sagrado y fue más fácil canalizarla en el sincretismo afrocubano que en la Iglesia Católica o protestante, pues la visibilidad de los cultos sincréticos afrocubanos es menor, es un culto más privado, no periódico, se acude al rito cuando se quiere o se puede, no hay exigencias morales grandes y los elementos mágicos dan tranquilidad o seguridad tan pronto como se practican.

Es el posmodernismo de la Nueva Era vivido “a la cubana” con los medios disponibles.

Un teólogo francés que enseñó por más de treinta años en el Seminario San Carlos en Cuba, el Padre René David, hoy retirado en Francia, afirmaba que la religiosidad popular más o menos sincrética había salvado la fe religiosa del cubano, incluso decía que esto había que agradecerlo.

Religiosidad sincrética.

El Rector del Santuario de la Virgen de Regla en La Habana afirma que la antigua referencia religiosa del cubano que tenía como centro la Iglesia Católica se ha desplazado ahora a la “santería”, un tipo de sincretismo afrocubano. Esta observación fundamentada en

un ministerio sacerdotal llevado con ejemplar maestría en un santuario que tradicionalmente ha recibido la visita de muchos fieles sincréticos, puede ser cierta para un número importante de habitantes de la Ciudad de La Habana y otros núcleos poblacionales, pero no creo que sea suficiente la enumeración de fieles que acuden a ese santuario para emitir una opinión de fuerza nacional. Sin embargo, como por razones de propaganda turística, ante el gusto por lo esotérico de cierto tipo de viajeros, hay una presencia de cultos de origen africano en las presentaciones artísticas y en los medios de comunicación, esto autoriza y populariza estas creencias. De otro lado el olvido de los enunciados y postulados de la fe cristiana es casi total. Sí, hay un riesgo creciente de que el hombre cubano vea como la religión del pueblo, “nuestra religión típicamente cubana”, ese sincretismo que está hecho de baile, canto y folklore, que difunde mitos muy floridos y genera seguridades. Es fácil que artistas: pintores, músicos, escritores, se vuelvan hacia esta religiosidad, practiquen sus ritos, usen sus símbolos: collares, pulsos, etc. y los reflejen en sus obras.

Afirmar que este tipo de religiosidad es “lo nuestro” es común entre algunos intelectuales y esto no es nada extraño a un pueblo penetrado de nacionalismo. Esto constituye un desafío para la Iglesia Católica en Cuba.

Significado de la Iglesia Católica en la religiosidad del cubano.

Pero el factor exclusivamente religioso que podíamos descubrir como vacío espiritual y búsqueda de Dios no es lo único que puede movilizar la conciencia del cubano actual hacia la fe Católica. Ha habido un redescubrimiento del rol histórico de la Iglesia en Cuba, el papel de pensadores cristianos y de instituciones de la Iglesia en la eclosión de los sentimientos nacionales cubanos y en las ideas independentistas, la obra social de la Iglesia en el pasado a favor de ancianos, niños desvalidos, enfermos, etc. ha sido muy valorada por la población; las modestas obras actuales de Congregaciones religiosas masculinas y femeninas, de Caritas Cubana en momentos de desastres naturales o habitualmente, crean gratitud y respeto.

La simpatía hacia la Iglesia y sus ministros por parte del pueblo ha sido creciente ante el testimonio de perseverancia en medio de dificultades económicas y en etapas de presión y aún de acoso.

La independencia de la Iglesia y su unidad frente al poder político suscita admiración. Si en medios sociales de otros países se ha sentido en algunas ocasiones que la Iglesia es una especie de pantalla que nubla la imagen de Dios, en Cuba es más bien un lugar propicio para el encuentro con Dios.

Todos estos factores históricos y sociales que he enumerado contribuyen a mantener ese papel focal de la Iglesia Católica por encima de las búsquedas esotéricas o mágicas del cubano posmoderno. Pero al hombre y a la mujer de hoy en Cuba no se le puede hacer un anuncio de Cristo del mismo modo que hace treinta años; se trata de otra generación. El anuncio, sin embargo, no puede ser concesivo hacia las posturas “light” del creyente cubano, tiene que presentar la Verdad, tiene que despertar al hombre y la mujer cubanos de hoy para que superen lo emocional de su religiosidad y lleguen al compromiso de la fe. Ese hombre religiosamente “lite” es insignificante para sí mismo, no comprende que tiene deberes para con Dios ni que Dios se puede ocupar de él. Un joven decía a un sacerdote:

¡qué importancia dan ustedes al sexo! El placer sexual es algo epidérmico, no tiene importancia ninguna. Sólo se habla de placer o gusto, nunca de amor profundo y menos aún de sacrificio. Pero a un hombre “lite” no se le puede anunciar, para atraerlo, una fe “lite” basada en emociones y plagada de falsos misticismos. El verdadero encuentro con Dios toma a la persona en toda su integridad: razón y voluntad, capacidad de amar y emotividad, pero sin invertir la pirámide, es decir, poniendo encima los sentidos y el sentimiento que deben quedar en la base y colocando la cúspide hacia abajo, que está integrada por la razón iluminada por la revelación de Dios.

El diagnóstico del hombre “lite” posmoderno debe servirnos para hacer un anuncio de Dios y de su Hijo Jesucristo que no sea en nada “lite”. Esto hace más difícil la metodología a seguir. Hablando en lenguaje tomista, tenemos el objeto material y el formal “quod”, debemos descubrir bien el objeto “formal quo”.

¿Cómo se hace el anuncio?

Para esto debemos tener en cuenta la búsqueda de Dios en el hombre actual. Hemos terminado un milenio en cuyos últimos siglos el hombre comenzó un retorno a la era precristiana, al mismo tiempo que parecía convencido de estar avanzando en la historia. Desde mediados del siglo pasado hasta los años sesenta del siglo XX, una verdadera embriaguez de ciencia y técnica fue el caldo de cultivo de un pensamiento sobre el hombre que tuvo como denominador común el decir del hombre lo que conviene únicamente a Dios. Al ser humano se le concedieron atributos que lo absolutizaron. El hombre fue endiosado en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importa que lo fuera individualmente, como especie, o socialmente. El gran drama de este tiempo ha sido poner a los hombres y a los pueblos ante el dilema de optar por Dios o por el hombre. A este período de la historia se ha convenido en llamarle modernidad. Y al período que le ha sucedido, y en el cual parece que vivimos hoy, se le da el nombre de posmodernidad. En la modernidad Dios sobraba, en esta época presente, en este cambio de siglo, falta Dios. Este tránsito doloroso y saludable lo hemos vivido y lo estamos viviendo en Cuba.

Los que tenemos algunos años asistimos a él con admiración y sorpresa; la nueva generación con desconcierto, porque las etapas no se suceden unas a otras con fechas fijas; más bien se superponen, se gestan con simultaneidad a las corrientes dominantes de pensamiento. Y así, ni la Edad Media fue tan religiosa, ni el período moderno ha sido tan ateo; porque el hombre permanece siempre el mismo y se hace casi siempre las mismas preguntas y sufre y necesita amar y que lo amen y busca seguridades y reclama consuelo en su desvalimiento. Cuando pasa el frenesí de una época todos vuelven a darse cuenta de que somos barro, hechura de la mano de un Dios que nos ha modelado y, al decir del profeta: *“¿Puede una vasija volverse hacia su hacedor para decirle: por qué me has hecho así?”* Llega entonces el momento de dejarse encontrar por Dios.

La búsqueda de Dios.

El primer movimiento será la búsqueda de Dios y esto es bueno. En la búsqueda está la posibilidad del extravío y también la de topar con la verdad que nos sale al paso. Para todas las preguntas que el hombre antiguo, moderno, o posmoderno puede hacerse,

Jesucristo es la palabra definitiva que Dios ha dicho a los hombres, una Palabra hecha carne que acampó entre nosotros. Esa es la Palabra que tiene que decir la Iglesia en Cuba en todo momento, también al hombre de hoy. Acampar es plantar una tienda en cualquier sitio. Dios se ha hecho encotradizo en Cristo.

El hombre puede encontrarse con Dios porque hace 2000 años Dios nos envió su Palabra eterna hecha carne, que ha puesto su tienda en medio de nosotros. Pero el pecado oscurece la visión de la fe en Dios. Lo terrible del pecado está dramáticamente presentado en el relato bíblico de la creación. Antes del pecado del hombre, Dios se paseaba por el jardín del Paraíso al atardecer y el hombre se encontraba naturalmente con él. Después del pecado el hombre fue sacado del Paraíso, de aquel jardín donde se encontraba con Dios y ya no pudo más compartir habitualmente con Él. Una nostalgia de Dios quedaría para siempre en el corazón del hombre.

Varios pensadores de la modernidad, llevados por esa nostalgia, que extrañamente nos asalta a todos, trataron de llegar hasta Dios sólo con sus propias fuerzas, con sus propios razonamientos. Esto no es más que otro tipo de pretensión del hombre: la de ascender por sus propias fuerzas hasta el Creador. Lo que no pudieron ellos, ni muchos otros llamados modernos, fue concebir el camino descendente de Dios: *“La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros... Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos lo recibieron les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre”* (Jn 1, 1-14).

¿Qué debe anunciar la Iglesia al hombre de hoy?

La memoria viva que la Iglesia tiene que brindar a la humanidad, también en Cuba, es la de su Señor, nacido en la pobreza del pesebre, contemplado por los pastores, cantado por los ángeles, que compartió todo lo nuestro, menos el pecado y que murió por nosotros en la Cruz. Resucitado y glorioso está vivo y presente en medio de nosotros y lo estará siempre, hasta el fin del mundo. Su nombre es Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción y significa: “el que salva.” En efecto, Él viene a rescatar aquel designio perpetuo de felicidad que el amor de Dios había concebido para el hombre, y salva al mismo hombre del no sentido y de la vaciedad. Por él nos es posible volvernos a Dios y, bajo la acción del Espíritu Santo que Él mismo nos ha dado, llamarlo: “Padre.” Así que ya no somos esclavos, sino hijos. Este es el recuerdo vivo y luminoso que la Iglesia conserva y que debe llevar al hombre y a la mujer. Porta consigo este mensaje de salvación para el hombre concreto, es decir, una persona que ha nacido en una familia, que integra otros grupos de trabajo, de estudio, deportivos, de entretenimiento, de desarrollo cultural; que es ciudadano de un país determinado, con responsabilidades históricas, que tiene además, y esto es fundamental, un destino eterno. La Iglesia no puede ser, pues, una sociedad alternativa a la comunidad humana.

En sociedades de un fuerte estatismo o donde el individualismo o el nacionalismo exacerbado se han enseñoreado, puede existir en algunos o en muchos la tentación de considerar a la Iglesia, precisamente, como una sociedad alternativa en la cual se refugian o desde la cual se enfrentan a las estructuras sociales y políticas. Pero la Iglesia, históricamente, nace de la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios y de la Resurrección de Jesucristo, por la cual Dios lo constituye siempre presente en medio de los que acogen

su palabra y a éstos les envía el Espíritu Santo para que sean capaces de vivir y de anunciar esa palabra. En todo su ser y su quehacer la Iglesia nos remite a Jesucristo, como Jesucristo nos remite al Padre. No puede homologarse la Iglesia a ningún estado, ni a ninguna asociación intermedia. Todo lo que la Iglesia pueda aportar a la historia y a la sociedad concreta donde ella se encarna viene de la revelación de Dios; ella ha recibido un encargo, una misión de parte de Dios Padre por medio de Cristo, que es su origen histórico y roca de cimentación sobre la cual se asienta: “*La piedra, desechada por los arquitectos es ahora la piedra angular*” (Hechos 4,11)

La posibilidad de la Iglesia de dar verdaderos frutos y de aportar algo nuevo a la sociedad depende de su constancia para hacer inolvidable a Jesucristo, (Don Olegario González de Cardedal), para que los hombres de cada época y de cada lugar lo experimenten cercano. Esto debe provocar, en quienes lo descubran, sorpresa y fascinación. Así podrán situarse frente al rostro dolido y sereno de Cristo crucificado y contemplar cómo se inunda de luz en la mañana de la resurrección.

De este modo se comprende la Iglesia a sí misma, desde la memoria de Jesús con su mensaje, con la irradiación de su persona. Se comprende a sí misma movida siempre por el Espíritu Santo, que en cumplimiento de su promesa, Jesús le ha dado. Ella guarda además en su seno los sacramentos, que permiten que la gracia de Cristo se haga hoy presente y actuante. Por tanto, la Iglesia se comprende como enviada por Dios y en total acatamiento del plan de Dios.

Los receptores del anuncio.

Pero he aquí que está solicitada, requerida al mismo tiempo, como lo estuvo su Maestro, por las angustias y las esperanzas de los hombres. (G.S. I, 1). La Iglesia vivirá siempre en la tensión de estos dos reclamos: una absoluta fidelidad a lo que ella es y debe seguir siendo según el querer de Dios y una fidelidad al clamor de la humanidad en busca de certezas, de consuelo, de esperanzas y aún de satisfacción de sus necesidades vitales. La Iglesia vive siempre entre la grandeza y la debilidad de estas dos realidades.

Esta tensión entre la fiel acogida a Dios y la no menos fiel atención al hombre ha visto en la historia de estos últimos siglos a la comunidad cristiana tentada por dos concepciones absolutizantes: Una, dedicarnos sólo a Dios, sólo al Evangelio, sólo al culto. Históricamente la Iglesia se ha visto en períodos más o menos largos de tiempo forzada a esta opción. Esto nos ocurrió en Cuba en un pasado no muy lejano. Esta es una especie de tentación teológica. Y está la tentación opuesta, de naturaleza antropológica: dedicarnos sobre todo al hombre, a sus problemas, poniendo en lugar central su autonomía, teniendo la libertad como un absoluto, dejando a un lado la acción curativa del hombre dañado por las situaciones pobremente humanas que ha vivido; es decir, esa acción misericordiosa que siempre halla espacio y momento para reconstruir al hombre y a la sociedad, pues en ella encontramos, a menudo, grandes ideales, pero lamentablemente asociados a decadencias y desesperanzas.

La Iglesia, sin embargo, estará siempre a distancia con respecto a lo que los hombres, movidos por el deseo de eficacia, la voluntad de dominación o las prisas, reclaman de ella. Esto no se debe a falta de entrega o a incapacidad para adaptarse a los tiempos que corren o a que ignore las angustias de los hombres. Simplemente, los ritmos del mundo no son los de

la Iglesia. Toda andadura realmente evangélica incluye una mirada y un proyecto a largo plazo. El paradigma es el sembrador de la parábola de Jesús, que sale a sembrar pacientemente la semilla. El modelo para nosotros, cubanos, es el Siervo de Dios Félix Varela, sacerdote ilustre y santo, con su siembra paciente de valores evangélicos.

Es evidente que hay otra distancia siempre insalvable respecto del tiempo que le toca vivir a la Iglesia, o de los hombres que viven en ese tiempo: es su cercanía a Dios, al único necesario, que es nuestro futuro absoluto.

¿Cómo debe ser el agente difusor del mensaje cristiano al hombre de hoy?

El gran desafío para la Iglesia no es sólo ser aceptada por las estructuras sociales y políticas siendo como ella es; sino también aceptarse a sí misma como sacramento de Cristo en el mundo, renunciando, como lo hizo su Señor, a la eficacia que se espera de ella desde criterios o proyectos totalmente terrenales.

Cuando la comunidad cristiana, la Iglesia, ha sido rechazada por la sociedad, ha intentado a veces legitimarse a sí misma colaborando en las cosas que la sociedad valora. Es verdad que la Iglesia tiene que dar con su vida, con sus obras buenas, testimonio de la fe que la anima; pero no debe buscar carta de ciudadanía ni aprobaciones que le otorguen créditos en el presente o para el futuro y, en los sitios donde hay alternancia de poder, ni en un partido ni en otro; porque es un error olvidar la aportación específica de la Iglesia y querer ganar crédito, por la eficacia de sus contribuciones, en dominios donde pueda parecer que pretende suplantar a la sociedad en su propio campo. Así la Iglesia puede ser solicitada de variados modos para constituirse en alternativa temporal, en orden a resolver los problemas de este mundo. Consentir a esto constituiría un vaciamiento interno de la misión que Cristo le ha confiado y en cierto grado una traición al hombre que sólo de ella puede recibir los dones de Dios.

Ahora bien, desde el querer de Dios, la Iglesia sabe que tiene el deber de sembrar el amor, del que Cristo la ha hecho depositaria, en el seno de la sociedad. Tiene que decir palabras y alzar signos que favorezcan el establecimiento de una comunidad humana donde reine la concordia, se superen los agravios por la reconciliación entre todos, se auspicie la colaboración entre cristianos de distintas denominaciones, con hombres de otra religión y con no creyentes, en orden al bien común. Aún obrando así, sus propuestas crearán, al mismo tiempo, un contraste entre la novedad del Evangelio y la acción santificadora del Espíritu de Dios, por un lado, y el pecado del hombre, por otro.

Para este nuevo siglo y nuevo milenio ¿qué puede aportar la Iglesia al mundo, al hombre cubano de hoy?

Toda religión sería quiere ofrecer al hombre un tipo de mensaje que le dé sentido a su vida personal; que le haga mirar la historia de la humanidad no como una historia perdida o fracasada, sino salvada, y en el seno de esa historia propiciar un comportamiento moral responsable y una convivencia humana digna y armónica con sentido comunitario.

Lo propio del cristianismo es fundar todo este programa en Cristo, Hijo encarnado de Dios y Salvador del mundo. A su imagen todo ha sido creado y en Cristo se consuma la historia.

El aporte de la Iglesia a la sociedad.

La aportación de la Iglesia en Cuba en este siglo que comienza debe hacerse pues, en estos tres campos principales: en la estructuración y fortalecimiento de la vida personal, del orden moral y de la convivencia social. El cristianismo puede hacer un aporte valiosísimo a la sociedad civil en cualquier parte del mundo, también en Cuba.

1°. Por el fortalecimiento de la vida personal. Cuando el ser humano se hace consciente de su dignidad de hombre y encuentra la alegría de vivir, pues sabe que hay un Dios que lo ama y cree en el Dios hecho hombre y por lo mismo en la dignidad divina del hombre, está naciendo un hombre positivo, reconciliado con la historia y consigo mismo, que no puede sino enriquecer la sociedad donde vive al mismo tiempo que fortalece su vida personal.

2°. Es necesario también fortalecer el orden moral. La amoralidad y la desmoralización son peores que la inmoralidad. Esas ausencias de referencia moral indican que cada hombre o mujer es una brújula sin norte. De este modo no se sabe ya cuáles son los valores, ni los deberes, ni los ideales básicos y la vida se rebaja al plano sensorial, sólo se buscan placeres. La sociedad, entonces, puede caer en la depresión y el hastío.

Sin embargo, la Iglesia no se presenta en medio de la sociedad únicamente como una instancia moral, más bien ella le da al ser humano un fundamento privilegiado de la moralidad, que es la persona de Jesucristo y su mensaje. Encontrándolo a Él se transforma la vida. Los valores que propone el Evangelio fundan un elevado comportamiento ético.

3°. Es necesario además fortalecer una convivencia comunitaria que tenga en cuenta a todos. Hay que lograr que la convivencia entre los hombres y mujeres que integran un mismo pueblo se impregne de amor, de sentimientos de benevolencia y solidaridad entre todos. Esta solidaridad, para nosotros, cristianos, se llama fraternidad, pues todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre. Para que muchos en nuestro pueblo puedan alcanzar la meta de una convivencia verdaderamente comunitaria, fundada en el amor del prójimo, será necesario asumir también criterios que valoren y promuevan la reconciliación entre los que se hallan distanciados, enfrentados, cargados de rencores.

Por fin, la Iglesia ofrece, más que todo, como riqueza que le es propia, y que desea compartir con los hombres de todo tiempo y lugar, una gran familia, con una historia larga de muchos siglos. La Iglesia ofrece al hombre la catolicidad.

Las propuestas que hace la Iglesia al hombre cubano no son para mañana: son proyectos a largo plazo para los cuales hay que preparar a las generaciones jóvenes. Se trata en verdad, de un proyecto de más difícil realización que los programas a corto plazo que establecen los estados, partidos políticos, grupos intermedios o empresas y aún la misma Iglesia, por ejemplo, en lo que toca a la celebración del Año de San Pablo, pues no puede medirse la acción de la Iglesia en la historia por la eficacia u otros parámetros similares, incapaces de calibrar la misión que Jesucristo le ha confiado y sus frutos.

Dar sentido a la vida y a la historia, hacer que los hombres sepan que los males y las miserias de este mundo no tendrán la última palabra, porque “ *tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo... para que todo el que cree en él se salve*” y sembrar amor y reconciliación en las estructuras de la sociedad para que exista una convivencia comunitaria de todos en una solidaridad que llegue a ser fraternidad, son propuestas que deben incidir positivamente y realmente en la sociedad paso a paso, pero sin la eficacia cuantitativa de las consignas y de las metas a plazo fijo. Y esto es debido a las motivaciones espirituales en que se fundan esas propuestas, que conforman a la vez, una metodología distinta en cuanto al modo de hacer, pues tiene en cuenta tanto el contenido del mensaje como la libertad del

hombre. Para la Iglesia el respeto al hombre y el respeto al honor de Dios están inseparablemente unidos.

Conciliación de lo humano y lo divino.

La religión cristiana contiene, en el misterio de Dios hecho hombre en Cristo, esa conciliación de lo humano y lo divino que es integradora y supera toda otra tensión. Un autor moderno ha afirmado: la encarnación de Dios en Cristo implica un “fortalecimiento infinito de la autoestima humana.” La religión cristiana da al mundo ese aporte humano fundamental porque, (cito ahora a Karl Barth), “Todo aquel que se ha percatado una vez de que Dios se ha hecho hombre ya no puede hablar y actuar de manera inhumana.”

Para hacer vida este mensaje, la Iglesia necesita no sólo espacio y libertad, sino que la naturaleza de su misión sea respetada y valorada justamente. Es verdad que en muchas ocasiones un proyecto humanista de tan altos contenidos lleva consigo una crítica de las situaciones que, por contraste, resultan deshumanizantes. Este es otro aporte de la Iglesia al mundo, que puede ser aceptado como un camino de perfeccionamiento del hombre y de la sociedad; pero teniendo siempre en cuenta que la gran innovación de la conciencia cristiana en la era moderna consiste en reconocer que los métodos son tan sagrados como los contenidos y que la verdad, aun la verdad de Dios, no se impone al hombre.

La crítica sólo es creíble y legítima si se tiene esta atención a la metodología cristiana, si se basa en estudios rigurosos y si es históricamente posible. Por tanto, nada tiene que ver esa crítica con el distanciamiento de quien enjuicia desde arriba. La Iglesia no exhorta ni esgrime con insolencia argumentos contra el mundo, la sociedad o las estructuras políticas. Propone valores y los fundamenta en su propia fe, pero no como quien habla desde fuera del peligro o sin responsabilidad alguna, sino siguiendo la ley de la encarnación, desde dentro de la sociedad y como participante activa en la misma.

Aún así, aún cuidando todos los reclamos evangélicos en el contenido del mensaje y en la metodología para transmitirlo, el mensaje de Jesús es desestabilizante, y lo es para nosotros mismos: obispos, sacerdotes, personas consagradas o laicos cristianos comprometidos. Nos saca de nuestras seguridades y comodidades, y nos pone una y otra vez frente a la Verdad exaltante y comprometedora de un Dios que se anonadó y se hizo hombre por nosotros, aceptando el riesgo cierto de la Cruz. Los señalamientos válidos y dolorosos que nos hace el mismo Jesús en su Evangelio, nos invitan a la reflexión y al mejoramiento y no deben producir por sí mismos un rechazo airado, sino una consideración atenta. Sin las penalidades del parto no hay vida nueva, sin la Cruz de Cristo no hay Resurrección.

Queda de nuestra parte responder a la iniciativa de Dios que “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen y se hizo hombre”.

En la hora presente la Iglesia debe repetirle al hombre y a la mujer cubanos, ansiosos también de bienes del espíritu, a partir de lo que ella es y de la misión que Cristo le ha confiado, lo mismo que Pedro dijo al paralítico junto a la puerta Hermosa del templo: “*No tengo oro ni plata, pero lo que tengo eso te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar.*” (Hch 3,6)

